

EL PELIGROSO NEUTRALISMO DEL REINO DEL MILLON DE ELEFANTES

Dos millones de habitantes esparcidos por una superficie que se aproxima a la mitad de España no son gran cosa, en apariencia, para que una buena parte del mundo se hunda la cabeza entre las manos, en actitud desesperada, por el hecho de que se hubiesen inclinado decididamente hacia la parte sombría que ocultan el telón de acero y la cortina de bambú. Pero como suele suceder con frecuencia creciente en casi todas las cosas de nuestro mundo, cada día con dimensiones más fantásticamente contraídas por la ciencia y la tecnología, no se trata sencillamente de lo que esos dos millones de habitantes de Laos, el antiguo reino de Lan Xang o el Millón de Elefantes, hagan con sus vidas, con su suerte, con su país, surcado por el poderoso Mekong, un poco más hundido cada vez, con lo que las tierras ribereñas se van haciendo un poco menos productivas. Lo que acabe saliendo del estado de increíble confusión en que se encuentra sumido el reino de Laos, se dejará sentir con mucha fuerza por todo el sudeste asiático, por esa porción del mundo que se ha llegado a considerar como de importancia tan vital para el mundo libre que para velar por su seguridad e independencia se creó toda una inmensa organización internacional: la S. E. A. T. O.

Lleva tiempo el hombre blanco perdiendo posiciones por el ancho mundo oriental y el golpe del acuerdo de 1954, que como culminación de siete años de guerra en Indochina partió en dos al Vietnam, ha sido muy duro. Tanto que aquel secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles, llegó pronto a la conclusión de que no había más que dos maneras de salvar lo que todavía no había podido tragarse el desmesurado apetito del nuevo régimen chino: crear sin pérdida de tiempo una poderosa organización internacional que ejerciese una tutela permanente sobre la región, una tutela armada dispuesta a intervenir en cualquier instante, y que cortase el paso a la influencia del comunismo como fuese, sin pa-

rarse a pensar en la legalidad o justificación de las medidas que habrían de adoptarse. Si el cumplimiento de los compromisos contraídos con la terminación de la guerra de Indochina y la partición del Vietnam prometía ser desfavorable para el Occidente, se echarían en el saco del olvido, sencillamente; si los resultados de las elecciones llegaban a ser tan adversos como unas que se celebraron en Laos, lo mejor sería preparar el ambiente para la celebración en seguida de otras, con todo bien preparado para que la oposición fuese barrida de una manera absoluta.

Lo que ya no se podía tolerar era el avance continuado de la impaciencia comunista, que no estaba dispuesta a pararse en la frontera artificial que se había levantado por la mitad del Vietnam, el antiguo reino anamita, y que si acababa por hacerse con Laos tardaría poco en continuar deslizándose por Camboya, por el Vietnam del Sur, por Birmania, por Tailandia. El mundo occidental, cuyas posiciones por Asia llevaban años en proceso de desastrosa reducción, a duras penas podía contemplar con serena frialdad el desarrollo de unos acontecimientos que parecían destinados, si se persistía en mantener cruzados los brazos, a serle irremediablemente adversos.

Desde hace seis años, cuando se llegó al armisticio de Indochina, no han dejado de producirse acontecimientos de importancia por el sudeste asiático. Pero como tampoco habían dejado de producirse por otras partes, la atención se mantenía muy repartida y con pocas ocasiones, en realidad, para centrarse en un punto del mundo que no acababa de interesar, como nunca llegó a interesar Corea, ni antes ni después del armisticio que allí se firmó hacia un año nada más, como no fuese durante unos instantes, tal vez decisivos, en la campaña presidencial norteamericana de aquel 1952, cuando el entonces candidato republicano a la Presidencia consiguió dar esperanzas y ánimos a sus alarmados conciudadanos al prometerles ir a Corea si resultaba elegido Presidente, para pactar con el enemigo y poner fin definitivo a una guerra en la que el ciudadano de los Estados Unidos no veía más que una cosa: los norteamericanos que habían muerto allí por nada y la posibilidad de que también a él le tocase el turno de morir por lo que no comprendía ni le interesaba para nada.

La guerra, no.

Tan hondo y tan general era el temor a que el país llegase a verse envuelto en una gran guerra como consecuencia de los intentos, incluso

armados, que se hiciesen por contener la progresión del comunismo asiático que los Estados Unidos temblaron de emoción al enterarse de que una parte considerable—y muy poderosa—de la VII Flota del Pacífico occidental se había acercado a las costas de Indochina por el golfo de Tonkin, en actitud que nada tenía de pacífica. Esa actitud, mucho más que la decisión de Pierre Mendes-France de acabar como fuese con la ruinosa, para Francia, guerra de Indochina, explica la firma de un armisticio con compromisos que si se hubiesen cumplido al pie de la letra es posible que a estas alturas se estuviesen celebrando ya periódicamente los aniversarios de la caída de todo el Vietnam, el del Sur al igual que el del Norte, bajo la acción directa del comunismo. Se contrajeron aquellos compromisos como se acepta lo irremediable, a sabiendas de que no será posible cumplir lo pactado. Lo importante, de momento, era tranquilizar a una opinión que se había llegado a sentir profundamente alarmada.

Cuando se llega al punto que se había tocado en los Estados Unidos, un país donde la suerte de un régimen puede depender, en la ocasión de celebrarse unas nuevas elecciones de lo que se hace en Corea o por Indochina, la libertad de acción del político o el estadista queda tremendamente circunscrita, en un momento determinado. Y hasta hombres de voluntad tan firme y principios tan enraizados como aquel Mr. Dulles, sienten la necesidad de buscar salidas indirectas a las situaciones que han llegado a ser embarazosas o comprometedoras. Sin pensar quizá en que también eso tiene sus riesgos.

Uno muy importante está en la exploración de métodos sobre los cuales no es mucha la experiencia que se tiene, y menos todavía cuando se trata de luchar con un enemigo tan peligroso—y tan fuerte—como el comunismo. Otro, la posibilidad de que los resultados no se produzcan con la rapidez que se hubiese deseado o no lleguen a ser lo que se esperaba, con lo que existe siempre la posibilidad de desembocar en situaciones tan incómodas como esa que se da ahora por Laos.

Desde hace seis años, los Estados Unidos han hecho todo lo humanamente posible por evitar que en Laos, considerado como el punto más débil para la influencia occidental de todo el sudeste asiático, aumentase la influencia y la presión comunistas. Entre las cosas que han venido haciendo podría incluirse la concesión de una ayuda que pasa de los 40 millones de dólares anuales y rebasa los 300 millones de dólares desde la firma del armisticio de Indochina, la ayuda más alta jamás concedida por los Estados Unidos a país alguno si se calculase sobre la base de

población que la recibe. Esta ayuda ha hecho posibles varias cosas, entre las cuales figura una de la importancia del sostenimiento de un ejército de alrededor de 30.000 hombres. El equipo, el material, el armamento, todo prácticamente es norteamericano. Los recursos de Laos no hubieran hecho posible el sostenimiento de ese ejército. Hasta los sueldos se pagan con los fondos facilitados por los Estados Unidos. El 80 por 100, como mínimo, de esa ayuda norteamericana a Laos es de carácter militar.

Una dependencia completa.

Laos apenas se podría sostener en su actual estructura sin la ayuda de los Estados Unidos. El grado de dependencia es tan completo que Laos se ha convertido en un apéndice del poder militar de los Estados Unidos. Por eso quizá, y en vista del rumbo de los acontecimientos desde aquel golpe dado el 9 del pasado agosto, dirigido por un capitán de paracaidistas, Kong Lae, se fueron adoptando decisiones como la de enviar a las proximidades de la costa de Indochina una fuerza naval importante, en la que se incluían unos 1.100 soldados de la Infantería de Marina, para realizar operaciones de patrulla. ¿Pensando en la posibilidad de alguna acción de desembarco? Para estar prevenidos, sencillamente.

Como explicó un portavoz naval en Washington, «la Marina norteamericana siempre ha usado y sigue usando las aguas del mar del Sur de China para las operaciones navales».

Casi al mismo tiempo, el Departamento de Estado, que no siempre ve las cosas de la misma manera que la Marina, advirtió que había algo sospechoso en lo que se calificaba ya como la rebelión de Laos. Los Estados Unidos, decía, no permanecerían inactivos en el caso de producirse intentos comunistas para aprovecharse de la situación.

Desde el momento en que el capitán Lae dió el golpe de Vientiane, la capital administrativa de Laos, a orillas del Mekong, con Tailandia al otro lado, al frente de unos cientos de soldados paracaidistas, que puso fin al Gobierno de Tiao Somsanits, el más resueltamente partidario de los Estados Unidos de todos los Gobiernos que se habían sucedido hasta entonces, los acontecimientos empezaron a desarrollarse a un ritmo de vértigo y en forma dada a embrollar las cosas un poco más cada día.

Los norteamericanos en Laos, alarmados todos, sin duda, pero con ideas propias en muchos casos sobre lo mejor que se podría hacer para buscar una solución rápida al problema, tan agravado, apenas hicieron más que amontonar el desconcierto encima de la confusión. La posición de

los Estados Unidos resultaba más incómoda, porque una de las primeras promesas de la nueva situación consistía precisamente en echar de Laos a «las tropas extranjeras».

¿Había tropas extranjeras en Laos? Desde hacía tiempo se hablaba de aquel Pathet Lao, una fuerza medio militar, medio guerrillera, que había llegado a dominar la situación en dos provincias del norte y que se insistía en que contaba con la ayuda constante de la mitad comunista del Vietnam y de China, que en algunas ocasiones incluso pudo haber llegado a ser una ayuda en hombres no menos que en armas y abastecimientos. Pero esto aparte, no se había tenido la menor noticia de que en Laos hubiese tropas extranjeras. Sólo había por allí un ejército armado y pagado por los Estados Unidos, que costaba, sólo en sueldos, cerca de dos millones de dólares mensuales.

Existía, es más, el acuerdo de 1954, que prometía la retirada de todas las tropas francesas de Laos, con la excepción únicamente de 1.500 oficiales y suboficiales como máximo para el entrenamiento e instrucción del Real Ejército laosino, y el personal, que no podría pasar de 3.500 hombres en total, para el mantenimiento de dos establecimientos militares. El artículo tercero de este acuerdo declaraba que quedaría prohibida la entrada de tropas frescas en Laos, así como del personal militar, de cualquier clase que fuese, y del armamento y municiones

Fuerzas de instrucción.

Se encontró la manera, evidentemente, de soslayar lo que parecía hacer imposible la llegada a Laos de cualquier manifestación del deseo norteamericano de conceder alguna ayuda, militar sobre todo, al pequeño Estado, que se temía por entonces que podría convertirse en presa fácil del comunismo si no se hacía algo por evitarlo. Los Estados Unidos empezaron a actuar al amparo de las posiciones que Francia conservaba todavía en Laos. Así, para estos momentos, llegó a encontrarse en el país una misión militar norteamericana formada por un par de docenas de consejeros, junto con un centenar de instructores, aproximadamente. De todo el personal norteamericano en Laos, que en los momentos en que se produjo el golpe del capitán Kong Lae subía a 753 individuos, 261 personas estaban relacionadas con el programa militar de ayuda. Los demás pertenecían a la Embajada, muy numerosa para un país tan pequeño, o eran familiares de éstos, junto con unos centenares, muy pocos, de ciudadanos particulares que estaban en Laos en la mayoría de los casos rea-

lizando trabajos relacionados directa o indirectamente con la ayuda norteamericana, construyendo caminos o edificios, preparando planes de desarrollo, estudiando las condiciones agrícolas, prestando ayuda sanitaria y así sucesivamente.

Junto a este personal, el militar en particular, había también una representación del Ejército francés, 88 personas en total, llenando funciones de consejo y de dirección de la base aérea francesa de Atseno.

A esto era lo que aludía el capitán Lae apenas triunfante el golpe que puso fin al Gobierno empeñado en acabar con el último asomo de influencia comunista o neutralizante en Laos, y que reclamó, además, una amnistía general, el término radical de la corrupción en los medios gubernamentales, la adopción de una política neutralista, el restablecimiento de la paz con los rebeldes comunistas o procomunistas y, en fin, la formación de un Gobierno dirigido por el príncipe Souvanna Phouma, que había sido nombrado miembro de un comité de quince personas, pero quien había puesto mucho cuidado en hacer saber que no había tenido la menor participación, directa o indirecta, en el golpe del capitán Lae y sus 800 paracaidistas.

Además de la distribución de una declaración en este sentido, el príncipe comunicó al embajador francés, Pierre Falais, en el curso de una visita, que nada tenía que ver con lo que había sucedido, quizá debido principalmente al descontento que había entre los paracaidistas por el retraso en recibir la paga y por las condiciones del servicio.

En cualquier caso, el golpe se había producido en lo que había sido formado, equipado y pagado por los Estados Unidos. ¿No sería esto razón suficiente para buscar un remedio a la situación que fuese eficaz a la vez que decisivo?

De la presión, muy fuerte, muy directa, salieron consecuencias inesperadas. El general Phoumi Novosan, que había sido ministro de Defensa en el Gobierno derribado por el capitán Lae, se fué a Savannakhet, muy al sur del alargado reino de Laos, a orillas también del Mekong y Tailandia, donde conjuntamente con el príncipe Boun Oum, formó un Gobierno insurgente; después de haber aceptado el nombramiento de ministro del Interior en el Gobierno formado en Vientiane por el príncipe Souvanna Phoumi. Se aseguraba que este régimen contaba con el apoyo de la mayor parte del Ejército y el muy importante de la vecina Tailandia, cuyo primer ministro—y dictador—, el mariscal Sarit Thanarat, era tío suyo.

Mientras tanto, por el Norte, especialmente por la provincia de Sam

Neva, parecía encontrarse en proceso de consolidación el régimen del Pathet Lao, de tendencias puramente comunistas, cuya figura más conocida es el príncipe Souphannouvong, hermanastro del príncipe Souvana Phouma.

Un país dividido.

Apenas creada esta situación, se puso de manifiesto en toda su crudeza la realidad de un estado de cosas en el que actuaban directamente presiones externas que hacían difícil, quizá imposible del todo, el desarrollo de una política independiente y neutralista no menos que neutral, muy a tono con el carácter pacífico y amistoso de un pueblo que se había ido quedando al margen de unos acontecimientos cuyas características dominantes estaban en el empuje poco menos que irresistible del comunismo, y la decisión, en apariencia resuelta, de su antagonista más poderoso, los Estados Unidos, de frenarlo y contenerlo. Cualquier intento que se produjese del lado de Vientiane por ensanchar el radio de acción de su influencia y correrse hacia el Este y el Sur, con miras a sofocar la insurrección de Savannakhet, encontraría la resistencia inmediata y resuelta del país vecino, Tailandia. El mariscal Sarit Tharanat advirtió públicamente que sus tropas serían lanzadas sobre Laos apenas se produjese el más pequeño intento del príncipe Souvana Phouma por extender su autoridad y control al resto del país.

Se tenía ya el convencimiento de que era cuestión de tiempo tan sólo el desarrollo de una acción conjunta contra Vientiane. Sólo el temor a una intervención comunista, procedente del Vietnam del Norte y quizá incluso de China, que pudiera encontrar la deseada justificación en la penetración en Laos de las tropas tailandesas, podría actuar de freno. Por lo menos de momento.

Esto no impidió, sin embargo, que el general Novosan, que acusaba a diario al régimen de Vientiane de inclinaciones comunistas, preparase una expedición que se puso en movimiento, Mekong arriba, con unidades de desembarco, tanques y otro material de procedencia norteamericana, como el dinero para la paga de los soldados, a tiempo que sobre Vientiane caían proyectiles de artillería salidos aparentemente de piezas emplazadas en suelo tailandés, al otro lado del río. Pero las fuerzas expedicionarias fueron rechazadas con aparente facilidad por las tropas gubernamentales, mandadas por el propio capitán Lae, que estaba dando la impresión de ser la figura dominante de la situación, cualesquiera que

podiesen ser la autoridad y el prestigio del príncipe Souvanna Phouma. Las derrotadas fuerzas del general Novosan se retiraron hacia Paksane, a unos 150 kilómetros al nordeste de Vientiane, a lamerse las heridas, que tal vez no serían tan grandes ni tan hondas como se llegó a decir oficialmente, al hablar de 30 ó 40 muertos, de 70 prisioneros, entre ellos un oficial, de la captura de 200 ametralladoras y otro material, entre el que se incluían nueve embarcaciones y cierto número de tanques. Podía haber exageración en esto, pero lo cierto era que la primera ofensiva de Novosan había quedado desarticulada.

Aquello reforzaba, sin duda, la posición del príncipe Souvanna Phouma y, lo que parecía ser mucho más grave, del Pathet Lao, que de nuevo estaba en movimiento, especialmente por el Norte. Las noticias que llegaban de Sam Neua eran inquietantes. Hablaba de una presión constante del Pathet Lao contra las fuerzas que mandaba el teniente coronel Kong Vongnarat, y de condiciones poco favorables, en apariencia, para montar una resistencia eficaz. Es más, se hablaba de fuerzas insuficientes y mal dotadas, además de contar con provisiones que apenas harían posible una resistencia de días, frente a cinco batallones de tropas del Pathet Lao. Sin embargo, un agente de enlace enviado por el Gobierno de Vientiane, con alguna oferta de ayuda, regresó con una información desalentadora.

El tercero en discordia.

Esa oferta de ayuda hecha por Vientiane no podía ser aceptada, porque tanto el teniente coronel Kong Vongnarath como el coronel Kham Kong, jefe de toda la región de Sam Neua, obedecían exclusivamente al general Novosan. Esto indicaba que el príncipe Souvanna Phouma no tenía autoridad más allá de la capital administrativa, Vientiane, y la región inmediata. Por el norte y por el sur, la autoridad estaba dividida entre el general Novosan y las fuerzas guerrilleras del Pathet Lao, el tercero en discordia, que parecía estar llamado a sacar ventaja de la evidente discrepancia entre las fuerzas que, unidas, pudieran encontrarse en condiciones de actuar con eficacia. Ya el Pathet Lao hablaba de posibles acciones para acabar con la rebeldía de Savannakhet.

Entre unos y otros, entre Vientiane y Savannakhet, se encontraba la capital real de Luang Prabang, donde el rey Savang Vathana iba dando la impresión de empezar a inclinarse hacia el lado del príncipe Souvanna Phouma, a pesar de haber recibido inicialmente su nombramiento, im-

puesto por el capitán Lae, como jefe del Gobierno con una indiferencia reveladora de hostilidad. El general Novosan y el príncipe Boun Oum podían ser fuertes en Savannakhet, pero no lo suficiente para llegar a la capital administrativa y sede del Gobierno. Y las advertencias—a veces parecían ser amenazas—de intervención de la S. E. A. T. O., la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, no daban resultados. Y menos aún los consejos norteamericanos a Souvanna Phouma para que se trasladase a Luang Prabang. Se habían producido movimientos que en un principio se llegaron a considerar significativos: la aproximación de una importante fuerza norteamericana hacia las costas del Vietnam, a que se ha aludido ya; las amenazas de Bangkok, la capital de Tailandia; la presencia en Singapur del portaaviones británico «Bulwark», con un destacamento de «comandos» de la Infantería de Marina, que se decía estaban listos para cualquier contingencia, y, en fin, los claros indicios de intranquilidad que se advertían en algunos países de la S. E. A. T. O. Pero de las conversaciones que se empezaron a celebrar en Luang Prabang no salía nada más concreto que la decisión del príncipe Souvanna Phouma de mantenerse en su puesto, de fortalecer su autoridad, de insistir en que su actitud es sencillamente neutralista, nada antioccidentalista y que las negociaciones con el Pathet Lao, para su incorporación plena a la vida nacional laosina, deberían empezar sin pérdida de tiempo. Evidentemente, ganaba terreno el tercero en discordia, ese Pathet Lao que esperaba la ocasión de convertirse en una influencia decisiva en la vida del país del millón de elefantes. El primer ministro declaró que deseaba, es más, la incorporación de este Pathet Lao a la «comunidad nacional» para poner fin a un estado de rebelión que duraba ya seis años. ¿Cómo sería esto posible?

¿Aceptando tal vez las condiciones que había fijado el Pathet Lao? Eran éstas, para empezar:

— Formación de un Gobierno de coalición, con el Pathet Lao representado en él.

— Establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, la China comunista y el Vietnam del Norte.

— Oposición a la S. E. A. T. O. y terminación de la «presencia» de las Naciones Unidas en Laos. (Todavía continua en Laos una representación de las Naciones Unidas, como «observadores», consecuencia de la anterior decisión de responder a las quejas de Vientiane contra una suelta invasión de fuerzas comunistas procedentes del Vietnam del Norte.)

— Fin de todos los ataques contra el Pathet Lao y libertad de sus miembros todavía detenidos.

→ Continuada oposición a las fuerzas de derechas que se rebelaron contra el Gobierno del príncipe Souvanna Phouma.

Relaciones más tensas.

El príncipe Souvanna Phouma recibió con gran calma estas demandas. Cuando se quiere negociar, comentó, siempre se fijan condiciones altas, siempre se empieza pidiendo la luna, por ser la mejor manera de contar con el mayor margen posible para hacer concesiones posteriores. No estaba lo peor por este lado, sino por el continuado deterioro de una situación que se traducía en un aumento constante de la autoridad del capitán Lae, un hombre de treinta y cinco años prácticamente desconocido hasta entonces, dentro y fuera de Laos, un nacionalista que aseguraba no tener la menor inclinación hacia el comunismo. Pero su actitud daba la impresión de inclinarse más cada día hacia el comunismo o hacia el Pathet Lao, la representación del comunismo en Laos. Había razones de bastante peso para ello.

De un lado estaban las relaciones, más tensas cada día, entre los dos países vecinos, Laos y Tailandia, que condujeron, entre otras cosas, a la detención del canciller de la Embajada de Tailandia en Vientiane, Reng Khophorn. Durante once horas estuvo detenido por orden de las autoridades militares laosinas, y a continuación fué declarado «persona no grata», a tiempo que se le ordenaba salir al momento del país. Se le acusaba de estar en posesión de una lista de las posiciones defensivas de Vientiane. El Gobierno de Bangkok había ordenado ya a su embajador en Vientiane que regresase, «para celebrar consultas», y las relaciones entre ambos países habían llegado al punto casi de la ruptura.

El general Ouan Rathikone, comandante en jefe del Ejército laosino, declaró que el llamado «comité revolucionario» de Savannakhet se encontraba recibiendo armas, municiones, víveres y refuerzos de Tailandia, que sus soldados seguían siendo pagados por los Estados Unidos y que 300 soldados laosinos se encontraban acampados en el lado tailandés del río Mekong, frente a Vientiane, dispuestos posiblemente para ser lanzados contra la capital de Laos.

Las calles de Vientiane aparecían alguna que otra vez cubiertas de octavillas de claras tendencias procomunistas y antinorteamericanas. En

algunos casos, al menos se tiene la seguridad de que eran distribuidas por gentes que vestían el uniforme del Ejército laosino y que viajaban en camiones militares. Ante noticias de esta naturaleza, el príncipe Souvanna Phouma insistió una vez más en que su Gobierno no consideraba «imperialistas» a los norteamericanos, que no creía que los Estados Unidos intentasen convertir a Laos en «una base militar y colonia de nuevo estilo», como se afirmaba en esas octavillas, y que si se demostraba que en su distribución habían intervenido los militares, serían castigados.

Pero seguía aumentando la influencia y el poder del capitán Lae, hasta el punto de haber elegido la Asamblea Nacional un nuevo presidente después de haber recibido un mensaje suyo, en el que se mostraba disconforme con la persona que había sido elegida la víspera. La oposición del capitán al nombramiento del general Novosan para ministro del Interior, con autoridad sobre todo lo relacionado con el orden público, pudiera haber sido un factor decisivo en la renuncia que había hecho al cargo, después de haberlo aceptado y en su decisión de continuar en Savannakhet, al lado del príncipe Boun Oum, pretendiente a la corona de Champssak, cinco provincias del Laos meridional ahora incorporadas al reino, que ha pasado por grandes transformaciones y vicisitudes a lo largo de los siglos.

Hermanos en campos opuestos.

El príncipe Boun Oum está convencido de que el régimen del príncipe Souvanna Phouma no tiene otra misión esencial que facilitar el paso hacia un régimen dominado por el comunismo, por ese Pathet Lao que es el movimiento cuyo brazo político es el Neo Lao Hak Xat, un partido de características claramente comunistas. No pasaría mucho tiempo, dice, sin que los dos hermanos, el príncipe Souvanna Phouma y el príncipe Souphannouvong, jefe conocido del Pathet Lao, se diesen el abrazo que confirmase la entrega total de Laos al comunismo. La oposición del príncipe Boun Oum al régimen de Vientiane no es menos decidida por el hecho de que uno de los ministros del Gobierno del príncipe Souvanna Phouma era su propio hermano, también príncipe, Boum Om.

En un ambiente así quizá se empiece a comprender, aun cuando todavía no se acabe de explicar satisfactoriamente, el estado de confusión que ha prevalecido, durante días y semanas, sobre la actitud de los propios Estados Unidos, tan vitalmente interesados en el desarrollo de una crisis

capaz de introducir alteraciones radicales en el cuadro general de la situación por el sudeste asiático.

La actitud de los Estados Unidos o de una parte de los Estados Unidos, la representada en Laos por el general Willinston B. Palmer, jefe del programa de ayuda militar norteamericana a Laos, y representante, en consecuencia, del Pentágono, fué de hostilidad desde el primer momento. La historia del príncipe Souvanna Phouma le resultaba muy sospechosa. Ya había pactado con el comunismo con anterioridad, y de hecho no se encontró mejor manera de hacer demostración de esta hostilidad que cortar por lo sano, en vista de la rapidez con que el Pathet Lao iba camino de convertirse en una fuerza política dominante, en particular a partir del momento en que el príncipe Souphanouvong había entrado a formar parte del Gobierno de Vientiane y había demostrado que tenía dotes para ganarse las simpatías, por lo menos, de sectores importantes de una población que quizá estuviese interesada en el restablecimiento de la paz por encima de todo lo demás.

El hecho de que el Gobierno del príncipe Souvanna Phouma contase con figuras como el general Ahkha Soukavong, anticomunista declarado, que había dirigido personalmente la lucha en el campo de batalla contra el levantamiento del Pathet Lao del año pasado, no bastaba para tranquilizar los ánimos de quienes se inclinaban a dar una mayor significación a la presencia en el mismo Gobierno de personas como Kinim Pholnena, jefe del Partido de la Paz, izquierdista, y con claras simpatías hacia el comunismo. Y sobre todo, la incuestionable influencia del capitán Lae, que podía ser comunista o no serlo, pero que había dirigido un golpe contra un Gobierno netamente anticomunista y que se encontraba desarrollando una labor que sólo al Pathet Lao podía favorecer, en definitiva.

Por eso a la pregunta que ya se estaba haciendo todo el mundo de una manera u otra, sobre la continuación de la ayuda norteamericana, contestó el general Palmer en forma harto significativa:

—Tenemos que esperar—dijo en Bangkok, para donde había salido inesperadamente—a que la situación se aclare antes de saber lo que será la política (de la ayuda militar) de los Estados Unidos.

Esa visita misma a Bangkok podría ser considerada como algo significativo.

—La situación en Vientiane—añadió—es tan confusa que no sabemos en realidad quién es responsable de nada.

¿Esperaría allí la entrada de Vientiane de las fuerzas del general Novosan?

Una condición esencial.

Parecía que la ayuda se había suspendido. O que se había reducido mucho, en cualquier caso. Las declaraciones oficiales y oficiosas de las autoridades norteamericanas hacían pensar en ello. Un portavoz del Departamento de Estado declaró en Washington que los Estados Unidos «sentirían inmediatamente afectados por los esfuerzos de cualquier potencia exterior, o de sus agentes..., por intervenir, directa o indirectamente», en Laos. Aquello parecía ir dirigido claramente al comunismo, pero apuntaba también a la posibilidad, por lo menos, de que se ejerciese alguna presión sobre un régimen que no resultaba nada satisfactorio. Los Estados Unidos consideraban que era condición esencial la existencia en Vientiane de un Gobierno que se inclinase hacia el Occidente en forma incondicional, por lo menos, aun en el caso de no estar incondicionalmente a su lado, porque no había otra manera, se decía, de convertir a Laos en una barrera capaz de contener la expansión del comunismo por todo el sudeste asiático. La Embajada de los Estados Unidos en Saigón, no tardó en enviar un emisario al general Phoumi Novosan, encargado, al parecer, de la misión de convencerle de la necesidad de entablar con urgencia negociaciones de paz con Vientiane.

Pero seguía sin saberse lo que harían los Estados Unidos en eso de seguir concediendo o no ayuda al Gobierno de Laos. Es más, a tiempo que se enviaron altos personajes norteamericanos a Laos, como Mr. J. Graham Parson, director general para Asuntos del Lejano Oriente, la Embajada norteamericana en Vientiane declaraba que el anuncio, hecho ya por el general Palmer, de que los Estados Unidos habían suspendido la ayuda militar a Laos, no era cierta. De eso había hablado poco antes el propio general Palmer, al declarar, al fin, que «hasta que se produjese una estabilización es difícil enviar nada a parte alguna y saber lo que ha de pasar con lo que se envía». Pero la Embajada salió al paso de esa declaración anunciando que el general Palmer había «hablado sin instrucciones o sin conocimiento de los organismos de Washington interesados en la cuestión». Es más, se añadía que una emisión de la «Voz de América», en la que se daba cuenta de lo que el general Palmer había dicho «había interpretado mal sus intenciones y había interpretado mal la política de los Estados Unidos», al vislumbrar la posibilidad de que hubiese sido suspendida toda la ayuda militar a Laos concedida por los Estados Unidos. «Es más—añadía la declaración de la Embajada norte-

americana en Vientiane—, la ayuda militar de los Estados Unidos a Laos no ha sido suspendida.»

Aquella noticia de la suspensión de la ayuda había sido recibida con consternación entre los diplomáticos y los observadores occidentales en Vientiane. «Podría costarnos todo el sudeste asiático», declaró uno de éstos.

Bastó con que se tuviese conocimiento de lo sucedido para que el embajador norteamericano en Vientiane, Minthrop G. Brown; su agregado militar, el coronel Joel D. Hollis, y otros funcionarios, se pusiesen a trabajar sin descanso durante horas y horas, en un intento de última hora por convencer a Washington de que se hacía necesaria una corrección inmediata, porque sólo el comunismo podría salir beneficiado de lo que ya había dado lugar a un titular sensacionalista en una publicación china: «Los Estados Unidos intensifican su intervención en Laos al suspender la ayuda militar», decía.

Pocas veces se había dado una situación de parecida confusión y desconcierto en un mundo ya bastante confuso y desconcertado sin necesidad de complicaciones como ésta.

La ayuda, suspendida.

La confusión aumentaba de momento con cada noticia que llegaba de cualquier punto de Laos. El Pathet Lao avanzaba por Sam Neua, la posición del príncipe Souvanna Phouma parecía ir consolidándose gradualmente en Vientiane, las octavillas antinorteamericanas se hacían más frecuentes y más agresivas y otro tanto sucedía con manifestaciones y gritos de «Yanquis, ¡a vuestras casas! No os queremos aquí».

Del norte de Laos, de la provincia de Xiengkhouang, llegó la noticia de que el ministro de Justicia del Gobierno de Souvanna Phouma, Touby-Lifung, jefe tradicional de la importante minoría Meo, se había puesto a la cabeza de un movimiento insurreccional más, probablemente destinado a colocarse al lado del régimen de Savannakhet.

Se había exagerado mucho, sin embargo, sobre lo que el príncipe Souvanna Phouma calificó de incidente sin apenas la menor importancia. En realidad, el ministro de Justicia, que se considera jefe de la tribu de Meo, gentes vestidas de negro, cuya actividad más importante es el cultivo de la amapola para al obtención del opio, con de 80.000 a 100.000 individuos, había tenido ciertos diferentes con otro dirigente Meo, Fay Dang, cuyas simpatías están con el Pathet Lao.

Cuando se estaba hablando de esto llegó el conde de Beauvais, consejero de la Embajada de Francia, con una carta para el príncipe Souvanna Phouma. La abrió, la leyó y al momento, y sin poder contener la risa, comentó:

—Vean esto; es una carta de Touby-Lifung. Me anuncia que regresa hoy mismo a Vientiane para explicar la situación y participar en las negociaciones con las fuerzas del Pathet Lao mañana por la mañana.

Más grave, sin duda, era la cuestión norteamericana. El príncipe Souvanna Phouma había afirmado pocos días antes que la ayuda norteamericana había sido suspendida.

Si el Gobierno norteamericano nos ayuda, tanto mejor. Si no, tanto peor, pues buscaremos ayuda en otra parte.

Lo que había dicho el jefe del Gobierno laosino acabó siendo confirmado por la Embajada norteamericana, aun cuando en forma un tanto indirecta. Un portavoz explicó:

—A causa de una situación confusa, no nos ha sido posible buscar la manera de que la ayuda resultase más eficaz.

La visita de Mr. J. Graham Parsons había tenido menos que ver, según el contenido de unas octavillas distribuidas profusamente en Vientiane, con la ayuda norteamericana que con el esfuerzo por convencer al príncipe Souvanna Phouma para que no negociase con el Pathet Lao y, en cambio, se restableciesen la paz y las buenas relaciones con el régimen de Savannakhet. En Vientiane acababa de entrar, por vez primera, un embajador de la Unión Soviética, Alexander N. Abramov. Fué algo extraordinario, increíble casi. Dos compañías, con uniforme de campaña, estaban formadas para rendirle honores, junto con grupos considerables de monjes, con su tradicional hábito rojo, y mucha gente. A su paso, jóvenes ricamente vestidas se arrodillaban para ofrecerle flores en jarrones de plata. Jamás un personaje norteamericano había sido recibido con tantos honores y distinciones, a pesar de todo lo que los Estados Unidos habían hecho por Laos, de la concesión de una ayuda que hizo posible la formación de un ejército, del cual dos compañías estaban allí para rendir honores a la representación más genuina, en Vientiane, de la potencia que, hoy por hoy, resulta más odiosa para los Estados Unidos.

Se había llegado a una situación que para muchos estaba siendo intolerable y de lo cual se estaban escuchando cosas muy extrañas en puntos a miles de kilómetros de distancia, en Nueva York, por ejemplo, sede de las Naciones Unidas. Allí estaba el representante de Laos, Khamking Souvanslay, ministro de Asuntos Exteriores, para dar asentimiento pleno a

la propuesta del príncipe Norodom Sihanouk, al pedir la neutralización absoluta de los dos reinos vecinos, el de Camboya, el suyo y el de Laos.

—Preferimos que las grandes potencias escriban la Historia—comentó el príncipe Sihanouk.

—Esta sería la mejor garantía de nuestra independencia—comentó el ministro de Asuntos Exteriores de Laos.

Ante una situación semejante, el clima no dejaba de mejorar para el Pathet Lao. Y los Estados Unidos estimaron que se debería restablecer la ayuda norteamericana. Pensando quizá en que sin ella no se podría contar con compañías de soldados bien entrenados y equipados para rendir honores al embajador de la Unión Soviética, acabado de llegar a Vientiane. En cambio, cuando llegó Mr. J. Graham Parsons, todo un director general del Gobierno de los Estados Unidos, no había esperándole más que un sencillo representante del encargado del protocolo. Para que no se encontrase tan solo en el aeródromo de Vientiane, la Embajada norteamericana había enviado con prisa a casi todo su personal.

JAIIME MENENDEZ.

Noviembre 1960.

III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

